

# El rescate de Jeremías

**Versículo Clave:** *“Entonces el rey ordenó al cusita Ebedmélec, el etíope, diciendo, Toma contigo treinta hombres de aquí y rescata de la cisterna al profeta Jeremías antes de que se muera”.*

— *Jeremías 38:10*

**Escritura Seleccionadas:**  
*Jeremías 38:1-28*

De entre todos los sirvientes de Dios en el transcurso de la historia humana, el profeta Jeremías se encuentra en una posición única que se alza entre los demás. Consideren la admirable naturaleza de su llamado a ser un profeta cuando aún era bastante joven. Jeremías escribió sobre dicho evento, y dijo “La palabra del SEÑOR vino a mí y me dijo: Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones. Yo respondí: ¡Ah, mi Señor y DIOS! Soy muy joven y no sé hablar. Pero el SEÑOR me dijo: No digas, Soy muy joven, porque vas a ir adondequiera que yo te envíe y vas a decir todo lo que yo te ordene. No tengas temor delante de ellos que yo estoy contigo para librarte, afirma el SEÑOR”.— Jer. 1:4-8

Podemos imaginar el impacto sobre el joven Jeremías, a quien le cambió la vida. Después de todo, ¡Dios le había hablado directamente a él! Además, le reveló que

Dios lo conocía antes de que se hubiera formado en el vientre. Incluso más, probablemente había maravillado a Jeremías el que Dios lo hubiera santificado antes de que hubiera nacido, y que estuviera predestinado a ser un profeta para todas las naciones. Quizás Jeremías se quedó pasmado por este mensaje. Posiblemente se haya preguntado de qué manera se cumpliría la voluntad de Dios, o si siquiera era posible cumplir con ella. Toda duda pareció borrarse cuando Dios lo empoderó. Leemos: “Luego extendió el SEÑOR la mano y, tocándome la boca, el SEÑOR me dijo: He puesto en tu boca mis palabras. Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos, para arrancar y derribar, para destruir y demoler, para construir y plantar”. (Vv. 9,10) Empoderado por estas extraordinarias promesas, Jeremías comenzó su ministerio, declarando fielmente y sin miedo la palabra de Dios a Israel, Judá y las naciones.

En los días de Sedequías, el último rey de Judá, las profecías de Jeremías fueron rechazadas por los líderes de Judá. El profeta le dijo audazmente a Sedequías y sus gobernantes que debían aceptar el hecho de que Dios traería el final de su reinado. Jerusalén sería destruida. Su única oportunidad para sobrevivir era aceptar que la invasión y conquista de Jerusalén por parte de Babilonia era el castigo de Dios por su terca desobediencia. Si se sometían a la voluntad de Dios, se les perdonaría la vida. En lugar de ello, los gobernantes de Sedequías insistieron en que se encarcelara a Jeremías en una cisterna abandonada. Dijeron que Jeremías estaba debilitando la voluntad del pueblo, lo que era un acto de traición. La cisterna a la que habían bajado a Jeremías estaba llena de lodo. (Jer. 38:1-6) Podremos quizás imaginar la lucha interna de fe que experimentó. ¿Acaso moriría allí? ¿Acaso Dios lo había abandonado?

Quizás Jeremías reflexionó en el Salmo 40. “Puse en el SEÑOR toda mi esperanza; él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor. Me sacó de la fosa fatal, del lodo y del pantano; puso mis pies sobre una roca, y me plantó en terreno firme”.—Sl. 40:1,2

Creemos que Dios sigue salvando a los suyos de situaciones “pantanosas”. El ejemplo de fe y confianza de Jeremías continúa inspirando al pueblo del Señor. “Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestra segura ayuda en momentos de angustia. Por eso, no temeremos”.—Sl. 46:1,2



Image© T Studio-stock.adobe.com